



Capítulo 346 - Seris D'Arkhan, La reina de las brujas (Parte. II)

Seris se detuvo en medio de la habitación, como si algo invisible le hubiera susurrado al oído.

Sus ojos se volvieron hacia el techo, brillando con una conciencia que iba más allá del mundo físico.

"Hm..." murmuró, con la cabeza ligeramente inclinada. "Parece que me han identificado..."

La tensión en la habitación se intensificó.

Frunció los labios, casi como un niño aburrido de un juguete roto, y luego sonrió —esa sonrisa amplia, brillante y absolutamente loca.

"Déjame ver...oh... Zafiro y sephirothy..." Saboreaba los nombres como si leyera el menú de un restaurante particularmente peligroso. "Vienen bastante rápido. "Qué lindo."

Antes de que alguien pudiera reaccionar, recurrió a Virgilio. "Se acabó el tiempo, querida."

Y, como si fuera lo más natural del mundo, ella simplemente lo recogió. Sin advertencia, sin ceremonia. Como si estuviera recogiendo un saco de patatas...





Vergil no tuvo tiempo de reaccionar. La gravedad de la realidad que los rodeaba pareció fallar por un instante. Sintió su cuerpo envuelto en una energía que no era ni arcana ni demoníaca—era algo anterior a ambos.

"¡Vamos a mi reino!" dijo, con un entusiasmo desproporcionado, sonriendo como una maníaca satisfecha.

Con un chasquido de dedos, un portal se abrió detrás de ella —no un círculo mágico común, sino una grieta pulsante y ondulada con colores que parecían no pertenecer al espectro visible. El olor a rosas quemadas y sangre fresca se escapó de la abertura, como una promesa.

Y antes de que el silencio roto pudiera ser restaurado...

Desaparecieron.

El aire fue aspirado hacia la grieta con una grieta afilada. Y luego — nada.

A excepción de una pequeña nota que flota suavemente hacia el suelo, como una hoja de otoño que se niega a caer demasiado rápido.

Aterrizó delicadamente junto al cuerpo inconsciente de Alice.

El papel era fino, ennegrecido en los bordes, y las palabras parecían haber sido escritas con tinta viva — pulsaban ligeramente, como un corazón que todavía latía.

Unos segundos después...





...La atmósfera en la habitación todavía parecía impregnada de la presencia de Seris... como si las paredes hubieran absorbido algo de su locura. Las sombras tardaban en asentarse y el aire todavía tenía un extraño sabor metálico, como sangre y magia antigua.

Luego, el aire se desgarró con dos grietas secuenciales, cortas y precisas — como cuchillas que perforan velos dimensionales.

En el centro de la sala aparecieron dos figuras.

La primera fue Zafiro — delgada, vestida con una armadura ligera y encantada, con su cabello rojo flotando incluso sin viento. Sus ojos eran dos piedras esmeralda talladas, frías y letales, aunque ocultaban un núcleo de calor explosivo listo para estallar.

El segundo fue Sepphirothy — con una postura más contenida, pero con una presencia aún más intensa. Sus ojos eran opacos como tormentas que se avecinaban y siempre había un silencio sobrenatural que la acompañaba. A diferencia de Zafiro, que llevaba una ira cruda, Sepphirothy fue la tormenta que vino después de la explosión.



Ambos se detuvieron al mismo tiempo —como depredadores que perciben el olor de la sangre— y observaron la escena.

Cuatro cadáveres en el suelo.

Morgana, Katharina, Viviane...y Alice.

Ninguno de ellos resultó herido. Todo inconsciente. No hay señales de batalla.



Zafiro fue el primero en moverse. Se arrodilló junto a Viviane, comprobando su pulso con un toque rápido, casi clínico.

"Están vivos..." murmuró, con alivio contenido. "Era...esa perra. Ella vino, se lo llevó y desapareció." Ella frunció el ceño. "Putá."

Fue entonces cuando notó la nota.

Todavía flotaba sobre el suelo, flotando ligeramente, como si desafiara la gravedad misma. Casi provocativo.

Zafiro lo recogió con dos dedos, girándolo en su mano antes de leerlo en voz alta:

"Hola mis queridos amigos demonios, voy a robarles a sus maridos. Entiendes, ¿verdad? Quiero decir, he adquirido este hábito de secuestro de ustedes (^o^)/ Firmado: S. D'Arkhan 🌙"



Hubo silencio absoluto durante medio segundo.

Hasta que Sapphire explotó. "¡ESA MALDITA SEA—!"

La energía alrededor de su cuerpo crepitaba como cristales rotos. Sus ojos se iluminaron de pura furia —no rabia histérica, sino un tipo específico de odio concentrado que sólo se ve en amantes traicionados por fuerzas que ni siquiera entienden.

La nota se incendió en su mano, sin que ella se diera cuenta. La llama era azul y blanca, silenciosa y consumía el papel en segundos, dejando sólo un rastro brillante de humo mágico en el aire.



"Ella lo llevó... a su reino." Zafiro gruñó, más para sí misma que para Sepphirothy. "La Reina de las Brujas — ¿cómo logró esa loca pasarnos?"

Sepphirothy se acercó tranquilamente a Alice, arrodillándose a su lado. Sus dedos flotaron sobre la frente de la niña y por un momento ella cerró los ojos.

—Seris... —murmuró, como si estuviera pronunciando una frase. "La mataré."

Viviane comenzó a moverse, dejando escapar un suave gemido —la primera en despertar. Sus ojos se abrieron y se concentró en Sapphire y Sepphirothy, de pie como torres negras contra la luz que regresaba lentamente a la habitación.

"Ella se lo llevó..." Viviane susurró. "Ella tomó a Virgilio..."

Zafiro apretó los dientes. "Lo sé. Pero ahora sólo podemos esperar..."

Sepphirothy asintió. "Esperemos con calma. En su reino sólo ella puede entrar."

...

Vergil sintió que el mundo giraba a su alrededor —como si estuviera siendo tragado por un remolino de luces distorsionadas y sonidos susurrados en idiomas que ni siquiera su alma reconocía. Por un instante hubo una ausencia total de todo: sin peso, sin sonido, sin pensamiento. Sólo la sensación de cruzar un velo antiguo y prohibido.

Y luego, sin ninguna ceremonia, cayó.



igolpe!

Como un saco de patatas arrojado con desdén, Virgilio fue arrojado al suelo. Su cuerpo cayó sobre algo absurdamente suave — no musgo, no tierra, sino hierba de un verde imposible, vibrante y fresco, como si acabara de nacer para amortiguar su caída.

El impacto fue suave, pero ¿su dignidad? Eso quedó atrapado en algún lugar del multiverso.

Se quedó allí acostado un momento, boca arriba, mirando el cielo de arriba.

Y el cielo...

No se parecía a nada que hubiera visto antes.

No había sol visible, pero la luz era dorada, cálida y suave, como el abrazo de un ser querido perdido hace mucho tiempo. El aire era ligero, perfumado con notas de flores exóticas y hojas húmedas. El olor de la vida — de la naturaleza en su forma más pura, como si la esencia del mundo hubiera sido destilada a la perfección.

El cielo mismo era como un lienzo viviente: las nubes doradas se movían lentamente a través de tonos que iban del azul pálido al lavanda, como las cuidadosas pinceladas de un artista divino. Aves con alas translúcidas cruzaron los cielos, dejando rastros de luz suave a su paso.

A su alrededor, los campos ondulaban suavemente con el viento, llenos de flores que no obedecían a ninguna lógica: algunos tenían tonos metálicos, otros susurraban canciones casi imperceptibles. Árboles altos y elegantes





balanceaban sus copas con gracia silenciosa—sus hojas parecían estar hechas de vidrio de colores y, sin embargo, estaban vivas.

Era un ambiente celestial, pero no en el sentido divino tradicional.

No era el cielo de las Escrituras.

Era el cielo de una antigua bruja, moldeado según su propia visión distorsionada del paraíso.

Belleza...sí. Pero debajo de él, algo pulsaba. Algo peligroso, profundo, como un bosque donde el canto de los pájaros no sirve como consuelo, sino como advertencia.

Y entonces apareció en su campo de visión—Seris, enmarcada contra el cielo surrealista, sonriendo como una niña que acababa de traer su juguete favorito a casa.



"Ahhh... ¡te caíste enseguida!" Ella dijo, girando en el aire y aterrizando a su lado, con las piernas cruzadas como si estuvieran en un picnic.

Virgilio miró al cielo un segundo más, luego cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro.

"No me di cuenta de que tu creatividad era tan grande"

Seris simplemente se rió, como si acabara de contar el mejor chiste del mundo.